

---

### Capítulo LIII.

---

Dónde se vé por qué razón se dirigió Garay á Paruco.

Al verle entrar Laura con la mirada radiante de alegría, adivinó que se acercaba el momento de separarse de ella, toda vez que su viaje á Búrgos tenia por objeto obtener el permiso para su expedicion á las Indias.

Francisco de Garay, alucinado por los proyectos que bullian en su mente, sin reparar el daño que causaba su júbilo á su esposa, le refirió la entrevista que habia tenido con el arzobispo de Búrgos, y le enseñó su título de adelantado.

—Lo que es ahora,—dijo con orgullosa satisfaccion,—nada tendré que envidiar á esos nobles que nos insultan con sus títulos y honores. Un presentimiento me dice que he de distinguirme en la conquista de

las Indias, y estoy seguro que hasta tú misma, cuando me veas volver triunfante y envidiado de todos, te alegrarás de la resolucion que he tomado.

—Más me alegraria de que correspondieras á mi amor, de que no te dominase esa ambicion que ha de ser tu ruina, de que conservases en tu alma hácia mí, si no cariño, al ménos compasion.

—Vaya, vaya, déjate de filosofías. Cuando se siente bullir una idea en la imaginacion, cuando esta idea nos persigue á todas horas, y teniendo recursos para realizarla no se lleva á cabo, francamente, no comprendo que haya nadie con tanta abnegacion que renuncie á los nuevos horizontes que se le presentan.

Laura comprendió que todas las reflexiones que le hiciera serian inútiles, y resignándose con su suerte, hizo los preparativos para su partida, cuidando de esos mil detalles que una mujer cariñosa realiza siempre en semejantes casos.

Al dia siguiente se despidieron los dos esposos; Francisco se dirigió á Cadiz acompañado de una gran parte de los que habian de tripular sus embarcaciones, y Laura, llorosa y acongojada, volvió á su casa, habiendo obtenido de su esposo la promesa de que siempre que pudiera tendria noticias suyas y de que le concedia permiso para ir á vivir con una prima suya, casada con un caballero de la corte.

Francisco continuó su camino, llegó á Cádiz con toda felicidad; por medio de cartas de recomendacion que tambien llevaba de Anton Perez, favorito del arzobispo de Búrgos, encontró poderosos auxiliares pa-



ra su empresa, y una vez dispuesto todo se dió á la vela con direccion á Santiago de Cuba.

La travesía fué completamente feliz, y al saltar á tierra la primera noticia que recibieron fué la derrota de Pánfilo de Narvaez.

Entre los que le dieron esta noticia y otras referentes á los sucesos que allí habian tenido lugar antes de su arribo, llamó su atencion desde luego don Lope Barbadillo por los muchos conocimientos que tenia de náutica, y más que nada por su carácter expansivo y lo inciado que estaba en las costumbres de los indigenas.

Simpatizaron desde luego, y con esa franqueza que se establece entre dos que se encuentran á mucha distancia de su patria, manifestó Garay á Barbadillo su propósito de ir á Santiago de Cuba á ponerse á las órdenes de Velazquez.

—No hareis bien, á mi juicio, en tomar esa resolucion, por dos razones. La primera, porque la gloria de vuestras conquistas seria para Velazquez; y la segunda, porque en la parte del Yucatan, por donde fué Pánfilo de Narvaez, se conoce que Hernan Cortés tiene grandes influencias y amigos, puesto que tan fácilmente pudo vencer á su enemigo.

—¿Y qué me aconsejais vos?—exclamó Francisco de Garay.

—Dificil es dar consejo en esta ocasion,—dijo Barbadillo,—máxime cuando las consecuencias pudieran seros fatales.

—Yo confio, sin embargo, en vuestra bondad y en

el conocimiento que teneis del país, y no vacilaré un momento en poner en práctica lo que tengais á bien aconsejarme.

—Ya podeis suponer que mi mayor deseo en esta ocasion seria poder seros útil; pero un consejo para adoptar cualquiera determinacion no sabemos las consecuencias que puede ocasionaros. ¡Qué remordimiento para mí si por mi causa sufriérais algun desastre!

Además, que aquí no puede formarse juicio, no sólo exacto, ni aun aproximado, de lo que puede ocurrir.

Los indios, que á lo mejor se presentan respetuosos antes nosotros, que procuran agasajarnos, que nos consideraran descendientes del cielo, aconsejados por los teopixques ó sacerdotes, esgrimen sus armas contra nosotros, y aunque casi ajenos al arte de la guerra, la verdad es que con su valor, con su arrojo, con su ferocidad, teniendo tambien á su favor lo numeroso de su ejército, combaten desesperadamente con nosotros y nos ocasionan grandes pérdidas.

—No se me ocultan esos peligros; no los temo, y lo único que os suplico es que vos, conocedor como sois del terreno, me indiqueis el sitio á que debo dirigirme, donde venciendo obstáculos, si no perezco en la lucha, pueda conseguir el objeto que me ha impulsado al venir á estas lejanas tierras.

—En ese caso, os diré que al Norte del imperio que está conquistando Hernan Cortés hay un país muy rico, que se llama Panuco, y ya creo que es el



que debéis preferir, porque no tengo noticia de que halla llegado allí ningun español.

Francisco de Garay agradeció el consejo de Barbadillo, y reiterándole su amistad, dió las órdenes necesarias á su gente para emprender el viaje con direccion á Panuco.

Por esta serie de circunstancias, Francisco de Garay habia caído en poder de Nazateotlan.

Volvamos ahora nuestros ojos á los compañeros de prision del capitan español, don Lope de Barbadillo y Catalina, y asistamos á la entrevista que celebraron en la triste y lóbrega mansion en que se hallaban reunidos.

## Capitulo LIV.

Logenio de Barbadillo.

Barbadillo fué el que rompió el silencio, y dirigiéndose á Francisco de Garay, que sufría horriblemente al ver el mal éxito que habia tenido su primera tentativa, y que temia por su vida, toda la vez que se hallaba en poder de Nazateotlan, que tan cruel se mostraba con los españoles; Barbadillo, repetimos, le dijo:

—No desmayeis tan pronto, amigo mio. Grave es, en efecto, nuestra situacion; pero no lo es tanto que desesperemos de salir de ella. Nazateotlan, por lo que he tenido ocasion de observar, es implacable con los que se muestran arrogantes, y compasivo con los que aparecen sumisos.

Cuando comparezcáis en su presencia mostráros



humilde; yo pondré cuantos medios me sugiera mi imaginación para inclinarle en vuestro favor, y no lo dudeis, las razones que pienso alegar mejorarán nuestra situación: verá en nosotros unos auxiliares poderosos para su causa, y cuando hallamos logrado inspirarle confianza, nos será fácil evadirnos, si es que antes no hallamos otro medio de conseguirlo.

Francisco de Garay se disponía á preguntar á Barbadillo qué medios se proponía emplear para realizar lo que le ofrecía, cuando se oyeron pasos en la galería que comunicaba con su prisión, pasos que cada vez fueron haciéndose más perceptibles.

Un momento despues se abrió la puerta, y Nazatcotlan, seguido de ocho mejicanos perfectamente armados, penetró en la estancia.

Inmediatamente mandó cerrar la puerta, dejando fuera á dos de los que le acompañaban custodiándola.

Barbadillo se apresuró á saludarle, afectando siempre la respetuosa humildad que tanto le habia hecho ganar en el ánimo del cacique.

Catalina no pronunció una sola palabra, y únicamente se sonrió melancólicamente.

En cuanto á Francisco de Garay, recordando las indicaciones de su amigo don Lope, apenas se atrevió á alzar los ojos del suelo.

Halagaba en extremo á Nazatcotlan aquella actitud de los extranjeros, y su soberbia le hizo exclamar:

— Hé aquí á los extranjeros, de quien tantas hazañas se cuentan, temblar ante mi presencia. Si en los

países que han recorrido hubieran encontrado un corazón enérgico como el mio, á buen seguro que no hubieran conseguido tantas victorias. Es cierto que poseen el rayo y el trueno, ¿pero qué valen ante la fuerza, ante el rigor, ante el arrojo de los que pelean por defender la independéncia de su patria?

Ese capitán, que tan arrogante se mostraba hace pocos dias, tiembla en mi presencia como el mísero colibrí ante la tempestad que se desencadena, sin duda por que conoce sus culpas y adivina que dentro de breves instantes será conducido al teocali para ser sacrificado en aras de los dioses.

Don Lope Barbadillo que, como saben nuestros lectores, conocia perfectamente el idioma de los mejicanos, al oír el monólogo del cacique creyó que era llegado el momento de realizar el proyecto que habia concebido, y dirigiéndose á él, le dijo:

— Celebró infinito, gran señor, que os hayais dignado bajar á visitarnos, porque el agradecimiento que os debíamos mi hijo y yo nos hacia desear el momento de prestaros un servicio importantísimo. La casualidad nos ha deparado esta ocasion, y por eso damos gracias al cielo.

— No te comprendo.

— Me explicaré.

— Habla, — añadió el cacique, disponiéndose á prestar atencion á Barbadillo, porque las palabras que le habia dicho despertaban vivamente su curiosidad.

— Os he oído decir, — prosiguió don Lope, — que os asombraba cómo los españoles habian podido ven-



cer en casi todos los encuentros que han tenido con vuestros compatriotas.

—No me asombra que hayan vencido. Lo que me asombra y me indigna es, cómo siendo insignificante su número, han sido tan débiles, tan cobardes, tan infames los que se han dejado arrollar por ellos.

—Y sin embargo, no podía suceder otra cosa.

Nazatcotlan empezaba á impacientarse al ver la arrogancia con que le hablaba Barbadillo; pero dominando su ira y obedeciendo á la curiosidad que habian despertado sus palabras.

—Vamos á ver por qué hablan de triunfar los extranjeros,—le dijo.

Su interlocutor comprendió el terreno que iba ganando, y confiando en el éxito de la empresa que se proponia llevar á cabo, añadió:

—La causa principal de la ventaja con que luchaban nuestros compatriotas, es la admirable organizacion que tienen sus tropas. Todas obedecen á una sola voluntad, y como los que las dirigen conocen perfectamente el acto de la guerra, de aquí que doscientos hombres basten para contener y destrozar á millares de vuestros soldados.

—¿Es decir,—exclamó con frenética alegría el cacique,—que estando en mi poder el caudillo nada tendré que temer de los extranjeros?

—Así sería en efecto, si en la táctica que observan los españoles no estuviera previsto ese caso.

—No comprendo lo que quieres decir.

—Es muy sencillo. En la organizacion de nues-

tro ejército, además de los jefes superiores, hay otros subjefes, que ocupan los puestos de aquellos en caso de que sucumban; y está tan sábiamente arreglada esta sustitucion, que aun cuando quedasen solos dos soldados el uno tiene autoridad sobre el otro.

Quedó un instante pensativo Nazatcotlan, reconociendo las ventajas que indudablemente tenían sobre sus tropas las de los extranjeros.

Barbadillo, que como hemos dicho, era hombre sagaz y leia en el corazon de Nazatcotlan:

—Hé aquí ahora,—le dijo,—el inmenso servicio que puedo prestaros.

El cacique redobló su atencion.

—Teneis en vuestro poder el capitán don Francisco de Garay, valiente como el que más y entendido como ninguno. Sacrificándole en aras de vuestros dioses, ninguna utilidad podeis prometeros, y en cambio conservándole la vida puede seros muy útil, porque él podrá organizar vuestro ejército, que siendo tan numeroso, una vez iniciados en los secretos del arte de la guerra, no sólo no tendreis que temer una invasion extranjera, sino que obligareis á todas las tribus del imperio á someterse á vuestra voluntad.

Halagó al cacique la idea, y se retiró con ánimo de consultar con sus consejos y á los teopixques acerca de las indicaciones que acaba de hacerle don Lope Barbadillo.

Los prisioneros volvieron á quedar solos.



### Capítulo LV.

Una falsa maniobra.

Francisco de Garay y Catalina, que habian asistido á aquella entrevista, aunque sin entender una palabra de las que se habian pronunciado, acosaron á preguntas á su compañero de prision.

—No me habia engañado,—dijo éste,—al ofrecer que conjuraria la tormenta.

Garay se rebelaba ante la idea de hacer traicion á sus compañeros, que representaba para él su patria, dando al ejército de los de Panuco la organizacion de que carecia, pero Barbadillo, para disipar sus escrúpulos:

—No supongais, amigo mio—le dijo,—que yo habia de hacer traicion á la causa que aquí hemos venido á defender. Mis proposiciones al cacique han teni-

do por causa principal salvaros la vida, y además ganar tiempo hasta que las circunstancias nos abran camino.

En esto estaban de su conversacion, cuando se abrió de nuevo la puerta, y Nazatcotlan, presentándose seguido de los que le habian acompañado en la anterior escena:

—Acaban de noticiarme,—les dijo,—que en las embarcaciones de vuestros compañeros están poniendo á toda prisa unos lienzos en la punta de los palos. En el más alto han colocado un lienzo blanco; y en otro más mediano un lienzo encarnado. ¿Qué significa esto.

Francisco de Garay supo por Barbadillo esta noticia, y concibió un rayo de esperanza.

Era indudable que sus compatriotas trataban á toda costa de auxiliarles, y ocultando su emocion, indicó á Barbadillo la respuesta que habia de dar al cacique.

Don Lope, con la serenidad que nunca le abandonaba:

—Eso quiere decir,—le contestó,—que deseosos los españoles de poner término á la lucha que vienen sosteniendo, lucha desastrosa para todos, y animados del propósito de entablar con vosotros las buenas relaciones que sostienen con los de otras provincias del imperio, aguardan les deis permiso para penetrar en vuestro territorio, no como conquistadores, sino como amigos, para poder difundir aquí la civilizacion y que disfruteis de sus ventajas.



Acogió con entusiasmo el cacique las palabras de Barbadillo; pero para proceder con más acierto, le dijo que aplazaba su resolución hasta consultar á sus consejeros.

Acto continuo se despidió de los prisioneros, y dió las órdenes oportunas para que se reuniese el consejo.

Asistieron á él los teopixques, los caciques principales y los guerreros más distinguidos, y despues de saber el objeto de la convocatoria, uno de los caciques, anciano de lengua y blanca barba, de ojos vivos á pesar de su edad, y en cuyo semblante se marcaba esa ironía que producen los desengaños y el conocimiento de los hombres:

—Seríamos muy crédulos,—les dijo,—si diéramos oídos á esas falaces proposiciones. Por lo que he oído hablar de esos extranjeros, que los dioses confundan, si conocen perfectamente el arte de la guerra, son mucho más maestros en el arte de engañar con falaces promesas. No es la primera vez que afectando sentimientos geuerosos, protestando que al venir á estas regiones no tienen otro objeto que el de difundir la civilización, el de estrechar los lazos que deben unir á todos los hombres, una vez dueños del territorio, han impuesto tributos ominosos á nuestros hermanos, han quemado sus casas, han deshonrado á sus esposas y á sus hijas, y por todas partes han sembrado el luto, la desolacion, el espanto.

Si algo pueden influir en tu voluntad los consejos del que siempre te ha querido como un hijo, del que te ha respetado como á su señor, del que más de una

vez ha expuesto su vida por conservar tu prestigio, del que tantas pruebas tiene dadas por el amor de su patria, del que por nada del mundo se doblegaria ante el yugo de unos miserables y ambiciosos aventureros, desecha esas proposiciones que causarian nuestra ruina, medita las consecuencias que produciria la falta de provision, y obliga á los extranjeros á que se aparten de nuestras costas. Si desoyen tus órdenes, si son sordos á la razon, á la justicia, á la equidad, que aconsejan hablarles de este modo, reúne á tus trôpas, ponte al frente de ellas, y no dudes que aunque las arrugas surcan mi semblante, que aunque los años debilitan mi cuerpo, me siento con fuerzas suficientes para sostener una lucha con los invasores, porque el sentimiento de la independencia dá vigor á mi espíritu; y no lo dudes, al verme arrojarme el primero sobre nuestros enemigos, no habrá un solo habitante en Panuco que na secunde mis esfuerzos.

Las palabras del anciano hallaron eco en todos los circunstantes, y Huizbilondho, guerrero esforzado, terror de los mejicanos por sus hereúleas fuerzas, dirigiéndose á Nazateotlan:

—Ha llegado el momento,—dijo,—de que terminen las contemplaciones. Esos extranjeros acabarian por hechizarte como han hechizado á otros caciques poderosos, y deber nuestro es impedir que llegue ese caso.

Es preciso que inmediatamente se alejen de nuestras costas esos extranjeros. Si no nos obedecen



pronto, presenciará Panuco lo más horrible de las hecatombes.

Nazatcotlan envió un emisario á Francisco de Garay, exigiéndole que diese una orden al jefe de la pequeña escuadra para que se retirase.

Garay y Barbadillo celebraron aquella ocasion que les deparaba la fortuna para ponerse en comunicacion con sus compañeros, y aprovechándose de la ignorancia de los de Panuco respecto á la escritura, en vez de la orden que se les exigia, enviaron una carta confidencial á sus amigos, diciéndoles que se alejasen algo de la costa, que hiciesen una falsa evolucion, que ellos eran objeto de las mayores consideraciones por parte del cacique, que le inspiraban confianza, y que por lo tanto creian fácil encontrar el medio de poder evadirse en dias no lejanos.

Los emisarios llevaron á Nazatcotlan el pliego que le entregó Francisco de Garay, y el cacique á su vez lo mandó al jefe de la pequeña escuadra de los españoles.

La alegría de los de Panuco no tuvo límites al ver que los extranjeros se alejaban de su territorio.

La tranquilidad volvió á renacer en todos los corazones, y Nazatcotlan aumentó su aprecio hácia sus prisioneros por la prontitud y la eficacia con que se habian aprestado á obedecer sus órdenes.

Una circunstancia, al parecer insignificante, hizo creer á los cautivos que el dia de su evasion habia llegado.

---

## Capítulo LVI.

---

### Esperanzas frustradas.

Conservaba Francisco de Garay en su poder un precioso relicario, que al despedirse le habia dado su mujer.

Tenia en el centro una preciosa imágen de la Concepcion, y se hallaba adornado todo al rededor de perlas y otras piedras preciosas artística y felizmente combinadas.

Más de una vez habia llamado la atencion del encargado de llevar la comida á los presos tan preciosa joya, en nada parecida á todas las que hasta entonces habia visto, y los españoles formularon un proyecto, que indudablemente les proporcionaria los medios de evadirse.

No habia un solo dia que Francisco de Garay no